

Con los pelos de punta

Pasqual
Alapont



Un viaje accidentado

Somos seis, en mi familia, cuando toca decidir algo: en primer lugar está mi padre, que es un animal racional de noventa kilos. No tiene un pelo de tonto, ni tampoco de listo. Lo cierto es que está calvo como una bola de billar. Pero bueno, tiene un bigote la mar de apañado, un ordenador portátil y un llavero del Valencia Club de Fútbol, así que cuidadito. Puede que no sea mucho, ya lo sé, tengo compañeros en el colegio que tienen padres mucho más molones: abogados, médicos o fontaneros, incluso hay uno que toca el trombón, pero en conjunto tiene un aspecto fascinante, mi padre, de hombre poderoso, descomunal, lo mismo que si le colocaras una americana a un hipopótamo. Trabaja

en casa y escribe libros de letras microscópicas. Es muy sensible, en invierno se cubre cabeza y todo con una manta, dice que para concentrarse mejor, que en casa no paramos de hacer ruido, y en verano trabaja en camiseta interior y en calzoncillos.

Mi madre es bajita, aunque ella no tiene la culpa. Le gusta intentar dialogar con nosotros antes de lanzarnos una zapatilla a la cabeza. Tiene el pelo negro quince días al mes, y después se le vuelve blanco de los disgustos que dice que le damos. Antes se ocupaba de la casa, y ahora estudia, trabaja vendiendo aspiradoras de puerta en puerta y se ocupa de la casa. Ella dice que no es una máquina, y que su madre ya la advirtió cuando se casó con el hipopótamo, que la haría morir en cuatro días, pero la verdad es que no para, todo el día arriba y abajo como una máquina.

Rosario es la hermana de mi madre. Ella dice que es guapa, pero guapa guapa, como un chimpancé recién nacido. Está hecha un costal de huesos de tan delgada, y es un poco rarita. Lleva cinco años diciendo que tiene veintiocho. La tenemos recogida en casa y duerme en una habitación del sótano. Ella y mi padre apenas discuten, o muy pocas veces, tres o cuatro a la semana a lo sumo. Él suele llamarla bruja más que bruja y ella, que la

bruja será su tía. A pesar de todo se tienen cariño, como un gato y una rata encerrados en un tonel de vino. Es una maniática de los deportes, mi tía: le pirra el dominó y las cartas, como si fuera un tahúr del Mississippi, que según parece es un río de América lleno de cocodrilos y de carteristas.

Federico es mi mejor amigo. Es el padre de mi padre, es decir el abuelo, pero no tiene bigote sino un ojo de cristal. Compartimos una habitación llena de trastos que hemos decorado como si fuera el camarote de un barco. Él dice que trabajó de pirata hace años, pero en realidad fue pescador. Siempre se está inventando bolas, y uno tiene que estar atento porque, a la mínima, se mete en problemas. Mi padre se enfada de vez en cuando con él porque dice que es una influencia perniciosa para mí, que acabaré turulato como él, pero aún no me han salido granitos de la perniciosidad esta o como se llame, así que no creo que me pegue la enfermedad de la turulatez.

A Jorge, nuestro perro, le encantan los huesos y dormir panza arriba sobre la butaca de mi padre. A mi padre eso no le gusta porque dice que se lo deja todo lleno de pelos. En cambio, al perro le da igual que se siente mi padre porque está calvo y el bigote apenas deja pelusilla. En honor a la verdad, Jorge

no es un perro de raza, sino un cruce de Chihuahua y fox terrier, por eso no se las da de aristócrata como el dóberman de una vecina nuestra, que parece un lechuguino. Es muy mansote, Jorge, y no le da por morder si no es en defensa propia. Lo del nombre de Jorge... Bueno eso es una larga historia.

Y por fin estoy yo. ¿Qué puedo explicar de mí? Rosario dice que cuando sea mayor seré ministro, pero la tía siempre suelta lo primero que le pasa por la cabeza, sin pensárselo dos veces, y a mí lo que me gustaría de verdad es ser camionero de tráilers, ingeniero atómico o estos tipos que se encargan de descascarillar las pipas para meterlas después en paquetitos. Se me da muy bien eso de pelar pipas, y casi sin chupar. Podría rellenar seis o siete saquitos al día.

No soy ni alto ni bajo ni delgado ni grueso, o sea que estoy muy bien para mi edad, uno de tantos, pero me juego lo que queráis que soy de los que más corren de la clase, podría quedar entre los quince primeros si hiciésemos una carrera. O entre los veinte primeros. En conjunto soy un niño alegre como unas castañuelas. Ahora bien, si conviene me puedo poner a berrear por un quítame allá esas pajas. Eso a veces funciona y a veces no, por lo que trato de no abusar del truco para no dar motivos a la zapatilla de mi madre de que se ponga en funcionamiento.

Un día hicimos una reunión en casa, los seis, para decidir dónde iríamos de vacaciones en verano. Mi padre quería que lo decidiésemos por unanimidad, lo que quiere decir que si no hacemos lo que él propone, se pone muy tonto. Pero nosotros también teníamos nuestros planes, así que cuando insinuó lo de ir a Guadalajara, nos miramos fijamente y pusimos cara de póquer.

Al cabo de un minuto y de un silencio que se podía cortar con un cuchillo, Rosario preguntó:

–Guadalaqué?

–Guadalajara –explicó mi padre–, tengo allí un amigo de cuando hice el servicio militar y me gustaría visitarlo.

Hubo otro silencio, y Federico volvió a preguntar:

–Guadalaqué?

–Es una ciudad de Castilla-La Mancha –se animó ahora mi padre–, cerca de Madrid.

–¿Tiene playa, la Guludulujuara esta? –pregunté.

–Guadalajara, Manuel –me corrigió–. Hombre, alguna piscina debe de tener, pero lo más importante...

Mi madre quiso meter baza en la conversación:

–Que te crees tú que iremos a tu Guadalajara en pleno verano, nosotros queremos ir a la playa.

–Siempre vamos a la playa, podríamos hacer algo nuevo para variar, ¿no?

–¿A qué te refieres con algo nuevo?

–Podemos aprovechar y ver la colección de Goya en el Museo del Prado de Madrid. Está muy cerca de Guadalajara.

–¿Quién es Goya? ¿También hizo el servicio militar contigo?

–No, Manuel, Goya era un pintor que vivió hace muchos años, y pintó obras tan importantes como *La Maja* o *Los fusilamientos del 3 de mayo*.

Se hizo otro silencio, ahora espeso como el cemento Pórtland mezclado con agua, y el abuelo volvió a preguntar:

–¿Guadalaqué?

Al cabo de tres días, los seis nos embarcábamos en un avión rumbo a las playas de Mallorca, donde habíamos decidido ir por unanimidad. Hacía un tiempo horrible, como si se estuviera preparando un temporal de mil demonios. Jorge, el perro, viajaba dentro de una canastilla en un compartimento

especial, en compañía de un hueso de plástico falso, y el resto nos acomodamos en la zona del pasaje, todos la mar de contentos, excepto mi padre, que leía enfurruñado un libro sobre el Madrid de la época del señor Goya.

La tripulación se componía de dos azafatas y un sobrecargo, los tres con esa mirada sexual de los modelos que aparecen en las revistas.

Una voz nos dijo que el capitán Meléndez nos daba la bienvenida y que volaríamos a una altura de no sé cuántos miles de metros, que nos abrocháramos los cinturones, que no fumáramos y, en pocas palabras, que no hiciésemos el tonto, por favor, que si necesitábamos algo se lo pidiésemos a los tripulantes. Después el avión empezó a rodar por la pista, cada vez más rápido, hasta que me entraron unas cosquillitas en la parte baja del vientre y mi madre se acordó de san Cristóbal, patrón de los taxistas, para que nos diera un buen viaje.

El avión despegó por fin y se mantuvo mucho tiempo inclinado, que ríete del tio vivo. Era muy gracioso ver cómo la gente ponía cara de aquí no pasa nada, y en cambio no les llegaba la camisa al cuerpo, con los pelos de punta, que bien se notaba cuando hablaban, que tartamudeaban o levantaban la voz de una manera exagerada.

La azafata 1, de melena rubia tintada y ojos de color marrón, se instaló frente a nosotros y puso cara de «no sé qué narices pinto aquí si podría estar tan ricamente en casa jugando al parchís con mi novio y... ostras, tal vez debería depilarme las piernas al llegar a Palma», un poco como si estuviera en la luna y con cara de asquito. Acto seguido, el altavoz dijo que cumpliendo normas internacionales, la señorita Peris nos haría una demostración de seguridad. A continuación, la azafata 1 se puso a accionar los brazos con desgana para señalarnos las salidas de emergencia, y Federico, que llevaba puestos los cascos del casete, dijo:

—Mira tú que bien, clases de aerobic, eso es bueno para el reuma, ¿no, Rosario?

Y se desabrochó el cinturón y se colocó delante de la señorita Peris, que puso cara ahora de «no me lo puedo creer, pero qué diablos hace este vejestorio».

El sobrecargo, un morenazo de metro ochenta y cinco, se nos acercó entonces con su mirada y su aire sexuales, balanceando los hombros como si en lugar de brazos tuviese dos remos, y mi madre comentó que estaba como un tren, el chico, y la tía que «ya ves tú, no hay para tanto, si parece milhombres».

–Tendría que volver a su asiento –dijo el sobrecargo al abuelo.

–¿Has oído qué voz, Rosario? –cuchicheó mi madre.

–No hay para tanto.

Y a continuación mi madre añadió en voz alta:

–Escuche, usted canta en una coral, ¿a que sí?

El sobrecargo las miró de una manera extraña y respondió con otra pregunta:

–¿Este anciano es suyo?

Mi madre dijo que sí, que era su suegro.

–Es que no puede ir danzando por ahí durante el despegue, a ver si me lo pueden controlar un poquito, por favor.

Federico, un pelín susceptible, se dirigió de mala gana al asiento y el sobrecargo le dijo que se abrochara el cinturón, que las normas internacionales eran muy estrictas sobre eso. El abuelo se lo iba a abrochar, pero entonces sonó una campanilla por el altavoz y el capitán nos informó que ya podíamos quitarnos el cinturón y fumarnos un cigarrito si queríamos, aunque malditas ganas que tenía yo de fumarme un pitillo, ni creo que mis padres me dejaran, «pues hasta ahí podríamos llegar», comentó mi madre.

—¿En qué quedamos, me lo pongo o me lo quito, el dichoso cinturón? —preguntó el abuelo.

—¿Es que está sordo? ¡Quíteselo!

—¿Seguro? Es que no tengo mucha cintura...

La voz del sobrecargo soltó un gallo al contestar.

—Quíteselo, hombre de Dios, ya ha pasado el peligro.

—¿Ves lo que te decía? —comentó la tía Rosario—. Tiene voz de cotorra.

Entonces el abuelo, que no se había llegado a poner el cinturón de seguridad, se desabrochó el suyo y los pantalones se le cayeron al suelo.

—¿Pero qué hace? —se alarmó el sobrecargo.

—¿Cómo que qué hago? ¿No me había dicho que me lo desabrochara? —el abuelo me guiñó el ojo y me sonrió, como quien dice «ahora verás como lo vuelvo turulato, al besugo este»—. Ya le había advertido que casi no tengo cintura y que los pantalones se me caen.

—Haga el favor de ponerse el cinturón inmediatamente, hombre.

—Y usted haga el favor de aclararse de una vez, que me está sacando de quicio.

Finalmente, el sobrecargo se fue con su mirada sexual un tanto extraviada y echando chispas y Federico pudo sentarse.

–¡Qué trato! Ya sabía yo que tu padre nos haría viajar en una compañía de mala muerte, Manuel.

Entonces mi padre, que había tratado de pasar desapercibido oculto tras el libro del Madrid de los tiempos de Goya y haciendo como si no nos conociera, levantó apenas la cabeza y protestó en un murmullo.

–Yo lo único que dije es que estaríamos mejor en Guadalajara.

Las turbulencias atmosféricas coincidieron con la salida de la azafata 2 y el carrito de las bebidas. De repente, el temporal se posó encima de nuestras cabezas y el avión empezó a dar tumbos. El altavoz dijo que no nos preocupáramos, que todo era normal, simples turbulencias, y entonces la gente empezó a gritar como si aquello fuera el fin del mundo. El sobrecargo y las azafatas no daban abasto tratando de calmar al pasaje, e iban y venían por el corredor dando saltitos. Mi madre recitó una plegaria y el abuelo Federico pidió «una tónica, por favor, con dos cubitos y una rodaja de limón», pero no le hicieron caso y la azafata 2 se llevó el carrito de las bebidas a toda velocidad.

—¿Qué te había dicho, Manuel?, es un maldito avión de tercera. Ya verás como eso de las turbulencias es un truco para no servir las bebidas. Aún harán que se estrelle el avión si continúan jugando.

Pero no le respondí, porque tenía un peso en el estómago que subía y bajaba como un yoyó. De repente me giré hacia mi padre para comunicárselo:

—Papá, creo que voy a...

Es una pena, pero el libro sobre el Madrid del tiempo del señor Goya quedó inservible, todo lleno de vómito. Mi vomitona fue como una señal de salida, como si se abriese un grifo y empezara a chorrear abundantemente. De repente a todo el mundo le entraron ganas de arrojar y se pusieron una bolsa en la boca. Incluso el sobrecargo se instaló en un rincón y perdió toda su mirada sexual, sin parar de tener espasmos, el pobre.

El hombre del altavoz trataba de calmarnos lo mejor que podía, pero tampoco se daba demasiada maña:

—Señoras y señores, estamos atravesando una zona de... ¡Caramba, si esto continúa así echaré la primera papilla!

Y la gente continuaba gritando desesperada, encomendándose a Dios y prometiendo que en adelante serían la mar de buenos.

Tan sólo el abuelo conservaba la calma. Él trabajó de pescador cuando era joven, aunque de broma dice que hizo de pirata, y no se marea aunque le pongas boca abajo y le hagas bailar como a una peonza. Se levantó y acomodó en un asiento al sobrecargo, que estaba tendido en el suelo y no paraba de llamar a su madre.

—Venga —le dijo Federico—, abróchese el cinturón, las normas internacionales de seguridad son muy estrictas al respecto.

—Mamá... mamá... —contestó el otro.

Después, Federico ayudó a las azafatas 1 y 2 a colocar el carrito de las bebidas y se sirvió una tónica con una rodaja de limón.

—¿Quieres algo? —me preguntó desde lejos.

Ni me molesté en contestar. Tenía suficiente con mantenerme consciente. Después, con las manos a la espalda, silbando y mirando las paredes del avión como si ponderara las excelencias del fuselaje o como si lo quisiera comprar, Federico desapareció por el corredor y se metió en la cabina de pilotaje. Un minuto después, oímos su voz a través del megáfono:

—QRZ, QRZ, les habla Federico, un pasajero del avión. Tengo que informarles que el piloto se ha desmayado y el copiloto se ha lanzado en para-

caídas. No quiero engañarles, la situación es crítica, caemos en barrena. ¡Meidei! ¡Meidei!

De repente se hizo un silencio en la zona de pasajeros. A todo el mundo se le pasó el mareo como por arte de magia, y nos miramos unos a otros como si no diésemos crédito a lo que habíamos oído. Mi madre dijo:

–Padre nuestro que estás en el cielo...

Y a continuación la gente empezó a gritar todavía más fuerte, como en una montaña rusa, sólo que aquí se puso a correr sin orden ni concierto. Un señor intentó abrir la puerta de emergencia y se encontró en el interior del lavabo. Poco a poco, las azafatas 1 y 2, con cuatro miradas de intensidad sexual, recondujeron la situación y consiguieron que todos volviésemos a los asientos y que nos colocásemos en posición de choque, con el cuerpo flexionado hacia delante y con las manos sobre el codo. Sólo se oían los gemidos del sobrecargo llamando a su madre y los ruidos amortiguados de las alas por el balanceo provocado por el temporal, que parecía que se fuesen a desgajar de un momento a otro como una sandía cuando se parte.

La cosa no estaba para lanzar cohetes; todo el mundo tenía los pelos de punta. Sin haberlo planeado nos encontramos todos cogidos de la mano,

y en este silencio se oyó otra vez la voz del abuelo a través del amplificador.

–QRZ QRZ. Les habla el mismo Federico de antes que viste y calza. Bueno, je, je, espero que les haya gustado la broma, aquí parece que todo funciona correctamente, el piloto y el copiloto dan la sensación de que controlan más o menos esto y estamos avistando ya el aeropuerto de Son Sant Joan. Aterrizaremos este trasto en pocos minutos, así que siguiendo normas internacionales de seguridad, hagan el favor de no hurgarse la nariz, límpiense las orejas y saquen los bocadoillos por si el hambre aprieta. La compañía les desea una feliz estancia en Mallorca y etcétera etcétera.

A través del megáfono pudimos escuchar también otra voz:

–Venga, devuélvame el micrófono de una vez o le denunciaré por piratería aérea.

Mira tú por dónde, aún sería cierto que el abuelo es un pirata.

El aterrizaje, después de las vicisitudes del vuelo, fue pan comido. El abuelo Federico había vuelto a su sitio, y unos pasajeros lo felicitaban y otros se lo querían comer. El sobrecargo lo miraba con muy

malos ojos, pero la azafata 2 le sonrió sexualmente y la azafata 1 le pasó un papelito con su número de teléfono. ¡Es genial, el abuelo! Me gustaría ser como él cuando sea mayor.

Después recogimos la cesta donde viajaba Jorge. El perro nos lamió de uno en uno, incluso mis lamparones de vómito.

Sólo un obstáculo empañó nuestra alegría: nuestras maletas no aparecieron por la cinta transportadora porque alguien se había olvidado de descargarlas. O tal vez fuese la venganza del sobrecargo, vete a saber. El caso es que un empleado nos informó de que iban camino de Madrid, y mi padre comentó:

—Ya os lo dije, hubiese sido mejor que fuésemos a Guadalajara.

—¿Guandaladónde? —contestamos todos.